
TIEMPO DE MEMORIA

José Corredor-Matheos

CORREDOR DE FONDO

Memorias



TUSQUETS
EDITORES

JOSÉ CORREDOR-MATHEOS
CORREDOR DE FONDO
Memorias

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2016

© José Corredor-Matheos, 2016

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-251-9
Depósito legal: B. 2.995-2016
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

| | |
|-------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Cuando el centro del mundo estaba en la plazuela de la Aduana de Alcázar de San Juan..... | 15 |
| Jugando bajo las bombas | 25 |
| La larga cuesta arriba de la posguerra..... | 45 |
| Visión fragmentaria de una generación | 59 |
| El difícil tránsito por la universidad..... | 67 |
| Un mundo laboral insólito..... | 73 |
| Primeros pasos de un aprendiz de poeta | 81 |
| Intruso en un congreso internacional de poesía | 97 |
| «Amigos, conocidos y saludados»..... | 103 |
| Mi descubrimiento de la poesía catalana..... | 121 |
| La atracción del teatro | 141 |
| Soñaba con trabajar en... .. | 179 |
| Escarceos políticos de un «compañero de viaje» | 201 |
| Mi Madrid literario de los años cincuenta y sesenta... .. | 209 |
| Libro de familia..... | 219 |
| Mi inesperada irrupción en la crítica de arte..... | 225 |
| El artista en la exposición, el estudio y la amistad | 237 |
| El Paraíso entrevistado de Joan Miró..... | 259 |
| Salvador Dalí: su máscara y lo que parece ocultar | 269 |
| Escenarios del arte en Madrid | 281 |
| Canarias, islas culturalmente afortunadas..... | 303 |
| Revistas culturales de la resistencia que desaparecieron con la democracia | 309 |
| Siempre nos queda Venecia | 315 |
| Mercado y coleccionismo..... | 345 |
| <i>I pentimenti</i> del crítico | 349 |

| | |
|-------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------|
| En los jardines de la tradición artesana y del juguete . . | 353 |
| En los espacios de la arquitectura y el diseño | 363 |
| Rafael Alberti, «poeta chino que caligrafía sus versos» | 385 |
| Últimos años del franquismo y la transición a la demo- cracia posible. | 411 |
| De una editorial a otra | 425 |
| Del estructuralismo y la semiótica en el arte al isálvese quien pueda! | 433 |
| Otros escenarios del arte. | 441 |
| Volver sin haberme ido. | 467 |
| Del esplendor anterior a la crisis | 479 |
| Poetas que, unidos o desunidos, siempre serán vencidos | 489 |
| Encuentros y desencuentros | 513 |
| Impresiones y presagios ante el nuevo siglo | 521 |
| <i>Como una película</i> | 523 |
| Apéndices | |
| Índice onomástico. | 527 |
| Créditos de las fotografías | 541 |
| <i>[Fotografías]</i> | <i>[155-178; 321-344]</i> |

Cuando el centro del mundo estaba en la plazuela de la Aduana de Alcázar de San Juan

Todos los nacimientos son fortuitos, y al mío se suma cierta circunstancia que lo presenta como especialmente casual. O, por el contrario, inexorable, si no ambas cosas a un tiempo. Mi madre, Caridad, pasó parte de su infancia y la adolescencia en Barcelona, donde mi abuelo, José María Matheos, era jefe de oficinas de la Compañía de Ferrocarriles del Norte. En esta ciudad, la que sería mi madre conoció al que sería mi padre, que estaba haciendo el servicio militar. Cuando mi abuelo se enteró del noviazgo prohibió a mi madre que continuaran viéndose, porque consideraba que ella era una señorita, mientras que mi padre era un humilde obrero ferroviario.

Acerca de la situación económica de la familia materna existe cierto vacío informativo. Había gozado de buena posición, pero así como otras ramas han conservado sus propiedades, la rama a la que pertenezco las perdió en el eslabón de mi abuelo, aunque tuviera un buen pasar y ciertas injustificadas pretensiones. La oposición al noviazgo por parte de éste fue tan fuerte que hizo romper la relación a mis futuros padres. Mi madre, que seguía enamorada, empezó a frecuentar entonces un convento, donde tenía una amiga monja, lo que produjo la alarma de mi abuelo y de su hermana Pepa, que hacía de madre desde la muerte de mi abuela. Mi padre, que seguía también enamorado, se enteró a través de un amigo de los pasos premonales de su ex novia y logró que mi abuelo los dejara reanudar el noviazgo hasta que, en 1923, pudieron casarse en Barcelona. Un final feliz. Los papeles del abuelo y los novios son importantes, pero otros dos personajes, aunque secundarios, re-

sultaron fundamentales: la amiga monja y el amigo de mi padre que le dio la valiosa y decisiva información.

Nací el 14 de julio de 1929, en Alcázar de San Juan. Mis padres eran Gerónimo Corredor Ferrer, natural de Santa Cruz de Mudela (provincia de Ciudad Real), y Caridad Matheos Salazar, nacida en Barruelo de Santullán (provincia de Palencia), donde mi abuelo materno, de familia gaditana, concretamente de San Roque, fue durante algunos años jefe de oficinas de la compañía citada anteriormente y alcalde.

Mi padre, fogonero y más tarde maquinista ferroviario, era hijo de Heliodoro, guarnicionero. Como Santa Cruz es el penúltimo pueblo antes de Despeñaperros, he pensado a veces que mi abuelo paterno quizá recibió visitas profesionales de algunos de los últimos bandoleros que quedaban entonces por aquellas tierras. El abuelo Heliodoro, aunque buena persona, era extremadamente rígido con los hijos, algo frecuente entonces. A mi padre, por ejemplo, no le dejó fumar nunca en su presencia y le prohibió, incluso, que lo hiciera después de casado. Santiago, otro de los hijos que tuvieron mis abuelos paternos, tuvo primero una hija, de la que fue madrina mi madre, que la llamó Caridad, como ella. Luego nacieron gemelas y, al plantearse cómo llamarlas, mi padre, que era a ratos muy guasón, propuso que les pusieran los nombres de las tres virtudes teológicas: Fe, Esperanza y Caridad. Fe falleció hace bastantes años y más tarde lo haría Caridad, mientras que Esperanza —diríase que de manera onomásticamente significativa— sigue felizmente con vida. Al menor de los hijos de mi abuelo, Apolinar, he de referirme en diversas ocasiones más adelante, por su interesante personalidad y la importancia que desempeñaría en mi vida.

El rastro genealógico materno más lejano de que dispongo es el de mis bisabuelos, Gaspar Matheos Calleux, hijo de madre francesa, que fue secretario del Ayuntamiento de San Roque (provincia de Cádiz), y cuya esposa, Dolores Alcoba Herrera, era poetisa y firmaba añadiendo «de Matheos» a su nombre y primer apellido. Obtuvo en dos ocasiones la Palma de Oro en el Gran Concurso Internacional de la Real Academia de Tolosa, una de ellas el 18 de octubre de 1883, según reza el encabeza-

miento de un poema impreso que me ha llegado. Mi abuelo materno, José María Matheos, fue ocasionalmente torero, en corridas benéficas destinadas a recoger fondos para huérfanos de las tres grandes compañías de ferrocarriles, compartiendo cartel con espadas que representaban a las otras dos compañías entonces existentes. De aquellos acontecimientos me han llegado dos carteles «de seda y oro» de corridas en la plaza de Madrid y en uno de ellos consta que mi abuelo era el primer espada y que la corrida estuvo presidida por Luis Mazantini, torero famoso que fue también concejal del Ayuntamiento madrileño. Tan castiza afición no ha marcado mis genes, ya que, aunque reconozco la belleza e indudable carácter artístico del toreo, me siento contrario a la continuidad de la «fiesta», por mi respeto y amor a los animales. Así lo haría constar en un artículo publicado en *La Vanguardia*. Pero en el periódico me cortaron un párrafo final en el que dejaba constancia de mi clara oposición y afirmaba, sarcásticamente, que también habría gran belleza en las ceremonias de sacrificios humanos de antiguas civilizaciones. Mi mutilado artículo mereció la indignada carta de un miembro de la Sociedad Protectora de Animales.

La boda de mis padres se celebró en 1923, y fueron a vivir primero a Santa Cruz de Mudela y después a Alcázar de San Juan. Allí tuvieron su residencia en una casa de la plaza de la Aduana, propiedad de Miguel Romero (al que yo, de niño, con mi media lengua, llamaba Piel) y Gabina Romero. Ambos serían como verdaderos abuelos para mí, pues iniciamos una relación entrañable que continúa felizmente hasta hoy con su hija Lucía y sus nietas. Mi hijo Miguel se llama así por el afecto y la sensación de humana ejemplaridad que me producía el abuelo Piel. Con él, cuando aún no tenía nietos, pasaba muchos ratos. Me subía a la banca donde solía sentarse y le hacía toda clase de diabluras. A la abuela Gabina la acompañaba a veces en la tienda que tenían en la planta baja y, al parecer, me gustaba revolcarme en los montones de cereales que vendían.

Mi madre dio a luz primero a dos niñas, que no sobrevivieron: la primera nació muerta y la segunda murió a los once días. Me contó mi madre que era costumbre allí que en el

entierro de un niño la madre saliera al balcón a despedirlo y gritara enardecidas palabras de duelo, como: «¡Hijo de mi alma, cuánto te gustaba el arroz con leche!». Ella, educada en una gran ciudad, no lo hizo, lo que fue comentado desfavorablemente por algunas mujeres: «¡Hay que ver, estas señoras que vienen de la ciudad y que no saben decir cosas bonitas al hijo que acaban de perder!». Luego vine yo, que no nací sin percañe, porque lo hice cojo, con el pie izquierdo ladeado. Cuando tenía un año me operaron el tendón de Aquiles, y quedé bien. La pierna izquierda ha sido y es algo más delgada que la otra, lo que no me ha impedido hacer atletismo y practicar el excursionismo. Tres años después de nacer yo lo hizo mi hermana, Felisa.

Los recuerdos de infancia suelen ser una amalgama o síntesis de lo que creemos recordar y de lo que nos han contado. Y, sin embargo, tienen extraordinaria fuerza y cobran profundo significado. En algunos casos, lo que ocurrió y, acaso en mayor medida, lo que sentiste es tan claro que te parece estar viviéndolo y te asalta, a veces, sin aparente justificación. En Alcázar, hasta hace pocos años, he dormido a menudo en la habitación de la vivienda donde mi hermana y yo dormíamos de niños. Y cuando vuelvo a esa casa tengo la sensación de seguir viviendo aquel tiempo como presente.

A mis padres los veo, sobre todo, como presencias interiores, sin contornos ni rasgos del todo definidos. De mi hermana no tengo muchos recuerdos de entonces, pero sí la sensación de su presencia (al parecer no tuve celos apreciables de ella, aunque le llevaba sólo tres años). Todo lo vivido en Alcázar emerge como en un plano intermedio entre la realidad y el sueño, que ahora se me antoja tocado por lo poético. Es algo muy profundo, que está siempre presente, latiendo bajo el plano de la consciencia. Mis padres me abrigan, me protegen. Los veo, naturalmente, altos, grandes. Mi padre era serio, aunque contaba mi madre que en los viajes resultaba tan divertido que los demás viajeros le decían: qué suerte tener un marido así (mi madre me contó que, cuando lo conoció en Barcelona como soldado que hacía la «mili», con las amigas lo llamaban

«el soldadito simpático»). A veces asomaba el rigor tradicional marcado por su padre, aunque sin llegar a ejercerlo. Los tiempos eran otros y el contexto en el que se movía también. Mi padre era, sigue siendo dentro de mí, equilibrado, muy recto pero afectuoso. Cuando estudiaba Derecho romano me decía que era ejemplo de *vir bonus et aequum*.

Buena y tierna, mi madre despertaba simpatía y conciliaba a menudo los conflictos de los que era testigo. Como había pasado parte de la infancia y la juventud en Barcelona mantuvo toda su vida gran afecto por Cataluña. Hablaba perfectamente el catalán, y cuando se fue a vivir con mi padre a Alcázar siguió recibiendo la revista en catalán *Patufet*, a la que estaba suscrita y que dejaba a nuestro médico de familia, el doctor Bonardell, de origen catalán, muy apreciado en Alcázar, donde tiene una avenida a su nombre.

Situándome en aquel Alcázar me siento en relación muy honda con el entorno, envuelto en cierta niebla que prefiero no disipar. Cuando vuelvo ahora percibo aromas que son los mismos que me llegan de la infancia. Soy aquel niño, que sigue estando allí, con sensación a la vez de identificación y distancia. Todo *es*. La plaza de la Aduana sigue siendo en mí el Mundo y su visión me da seguridad y sosiego. Ahora me parece pequeña, pero su imagen real se desvanece ante aquella otra. Mi infancia en Alcázar constituye —como para todo niño la suya— un mito, de sagrado significado. Recuerdo juegos en la azotea de la casa donde vivíamos. En las cámaras de la azotea se guardan cosas diversas, como la uva para que se seque y se convierta en pasas. Me dan sensación de limpieza y, a la vez, de un orden distinto, próximo al caos, que me atrae. Pasan allí otras *cosas*: la matanza del cerdo, por ejemplo, que no me dejan ver. Prefiero no albergar semejante recuerdo, aunque oigo con claridad y horror los chillidos del pobre animal. En la planta baja (nosotros vivimos la mayor parte del tiempo en la segunda planta y luego pasamos a la planta baja) hay una despensa al fondo de la cocina que da al patio que me parece enorme, donde mi madre me ha encerrado como castigo por no recuerdo qué.

Las sensaciones son de sol y de misterio, y de que existe una parte del Arenal —gran plaza vecina— donde pasan cosas extrañas que despiertan en mí tanta atracción como temor. Todo me impresiona muy dentro de mí, y lo relaciono ahora con el misterio del Sur, de los países solares, donde la sombra y el sol cobran tanta presencia y misterio. La vida está en íntima relación con el campo, y la anchura del espacio y el cielo me hacen sentir que yo mismo me ensancho. Me veo entre viñas y la naturaleza me parece tan atractiva como amenazadora. Está de moda la canción que empieza: «De colores y vivos colores son los bichos raros que vienen de fuera», y yo cuando la oigo pido: «¡No, bichos, no!». Desde mediados los años cincuenta, cuando vuelva con frecuencia, dormiré en la habitación que da a la calle Torres, donde nací. Muy temprano, me despiertan los carros que pasan, camino del campo. A veces añoraré aquel ruido madrugador, cuyo recuerdo recupera proustianamente el tiempo perdido.

En muchos lugares de España, la vida seguía anclada en un pasado muy lejano, en gran parte —con mi profundo respeto por la figura de Jesús y por tantos buenos sacerdotes como hay— por virtud de la que, a veces, parece Santa Madrastra Iglesia. Resulta difícil imaginar ahora lo que era la vida en la mayor parte de los pueblos de España. Puede ayudar la lectura de algunos escritores, entre ellos, el Blanco White de las *Cartas de España* (a veces parece que el tiempo no ha transcurrido desde entonces) y mi admiradísimo Azorín: la manera de ver y narrar el mundo del escritor levantino me seduce y me serena. Siempre me llamó mucho la atención, por ejemplo, que cuando mis padres llegaron a Alcázar los novios no podían ni saludarse si se cruzaban en la calle. En cambio, por las noches, el novio iba a charlar con la novia a través de la reja de la ventana y, si era invierno, se echaba una manta sobre los hombros. Se decía que, a veces, el novio colgaba la manta de la reja y se colaba dentro, pero podía ser cosa de la maledicencia. La vida de la mujer estaba increíble y rígidamente fijada. García Lorca lo ha reflejado en *Bodas de sangre* y *Yerma*. Cuando los mozos iban a entrar en quintas sacaban canciones a las mozas.

Y si a una muchacha, al subir a un carruaje, se le había podido ver un simple tobillo, le dedicaban una canción que en nada la favorecía.

La memoria de aquel Alcázar la recogió el médico Rafael Mazuecos en unos interesantísimos cuadernos que publicaba a su costa. Aunque ahora no he querido revisarlos para evitar la tentación de recoger aquí historias y anécdotas de las que no he sido testigo o no he recogido directamente, no me resisto a dar una que conocí antes por mis padres y he oído contar después en numerosas ocasiones. Sucedió en uno de los últimos años de la monarquía de Alfonso XIII. El alcalde, un labrador conocido popularmente por el apodo de Estrella, tuvo noticia de que el rey iba a pasar por la entonces importante estación de Alcázar, parada muchas veces obligada para los cambios de tren. Estrella fue a la hora anunciada con la banda de música, sin embargo, cuando el tren se detuvo, alguien del séquito real le dijo que su majestad dormía y que la banda no debía tocar. Así lo dispuso Estrella. Pero poco después vio que Alfonso XIII asomaba la cabeza por la ventanilla de su compartimento y fue corriendo para saludarlo. El rey, asomado a la ventanilla, y Estrella, desde el andén, mantuvieron una larga conversación que ha quedado en la memoria del lugar. Estrella le contó a su majestad que si las *ugas* tal o cual, otros problemas del campo, las virtudes del pueblo... Al monarca, tan acostumbrado como aburrido por los rigores de la corte —que de todos modos sabía saltarse a menudo con borbónica campechanía—, le hizo gracia lo que le contaba Estrella y el modo rústico en que lo hacía. Ya en el momento de la despedida, Estrella abrió su gran capa castellana, sacó un paquete de las famosas tortas de Alcázar y se lo entregó al monarca, diciéndole con limpia franqueza:

—Toma, *pa* la Victoria y los chicos.

Lamentablemente, esta historia tendría un colofón trágico. El rey invitó a Estrella a comer con él en palacio —se dice que, cuando llegó, dijo simplemente a la guardia: «Soy Estrella, de Alcázar»— y, al estallar la guerra civil, un grupo de milicianos lo asesinó por el delito que supuestamente había cometido al

hacerse amigo del rey. Como este triste final de historia se podrían contar muchos otros de los dos bandos, pero no se debe olvidar que en uno de ellos —ya sabe el lector cuál— las muertes fueron dispuestas desde las más altas instancias.

No guardo recuerdos negativos de mi infancia, salvo el leve castigo citado que me aplicó mi madre de encerrarme en la despensa. Pero tampoco este castigo resultó negativo porque, al margen de lo que debí de sentir en aquellos momentos, lo recuerdo empapado de una voluptuosa sensación de íntima soledad. Mucho más tarde, cuando vuelvo a esa casa me asombra ver lo pequeña que es la despensa, comparada con lo enorme que me pareció entonces.

Cuando mi padre estaba de viaje, a veces iba con mi madre a Madrid, donde vivía tía Consuelo, la mayor de sus hermanas. Me contó que una vez, cuando era muy pequeño, en una de estas visitas tía Consuelo me presentó a unas amigas suyas y me pidió: «Diles algo a estas señoras», y que yo les solté: «¡Todas putas!». Bromas como ésta, tramadas por algún adulto, se hacían mucho entonces. Otra vez, en Madrid —debía de tener cuatro años—, mi madre me compró un toro grande de cartón en el bazar Madrid-París. El vendedor, a quien debí de caerle en gracia, dijo que no me daba el toro si no lo toreaba allí mismo. Mi madre me dio entonces un pañal de mi hermana y tuve la primera y única intervención taurina de mi vida, que al parecer fue aplaudida, no sólo por el vendedor, mi madre y mi tía, sino también por clientes, que formaron corro. De regreso en Alcázar, mi madre, que de soltera había sido modista de sombreros, me hizo una capa y una montera, y en la puerta de nuestra casa de la plaza de la Aduana daba pases al toro de cartón con la mayor seriedad.

Durante las vacaciones de verano pasábamos algunos días en Barcelona, en casa de mis tías Matilde y Dolores, las otras hermanas de mi madre. Recién nacido, lo hice en brazos de mi niñera —mi familia podía tener criada, dada la situación de La Mancha en aquella época—, y cuando ésta vio el mar por primera vez tuvo tal impresión que mi madre se asustó creyendo que me iba a dejar caer.

En enero de 1936, poco antes de trasladarnos a Vilanova i la Geltrú (al sur de la ciudad de Barcelona), mis padres me compraron un «gran» automóvil de juguete, metálico y con pedales. A veces me veo con mis padres en la tienda de Pepe Almendros, que estaba en la calle Castelar, donde lo compraron. Ahora, cuando paso por allí, donde hay otro establecimiento, me da la sensación de que si pusiera la suficiente concentración podría, no ya revivir aquellos momentos, sino real y simplemente vivirlos. Alcázar está dentro de mí y suelo ir varias veces al año, en cuanto tengo oportunidad. Según avanzo —retrocedo— en edad, me voy identificando más con el niño que fui. Y cuando vuelvo, a media mañana, me siento un rato en la plaza de San Francisco, en el Altozano, para gozar plácidamente del no estar obligado a nada, y luego me paseo por calles y plazas, en un presente inacabable.